

Virus – corona

Llegó el tiempo de mortajas insipientes, los aromas de cipreses son palabras que se han ido. La ciudad con sus calles revestidas de soledad, luces sin rostros, sin susurros de hojas ocre otoñal que nadie pisa.

Un cuervo heraldo, anuncia un sol lacerante que abraza las casas, confundiendo la noche con el día. Es necesario mirar de frente al otro, cantar al unísono de su sonrisa; los días buenos han de llegar, cuando el miedo y la paranoia desaparezcan: un efluvio solidario y la universalidad de la conciencia humana se arrodillen y compartan lo mejor de ella.

Mientras, el planeta espera el momento, para extender sus manos y limpiar las lágrimas de los que han perdido a un ser amado; arroparlos todos con perfumes de lluvia incesante y un paisaje mojado de nuevas primaveras. Y seguir girando, girando en el galáctico viaje infinito.

María Guadalupe Galaviz Fernández